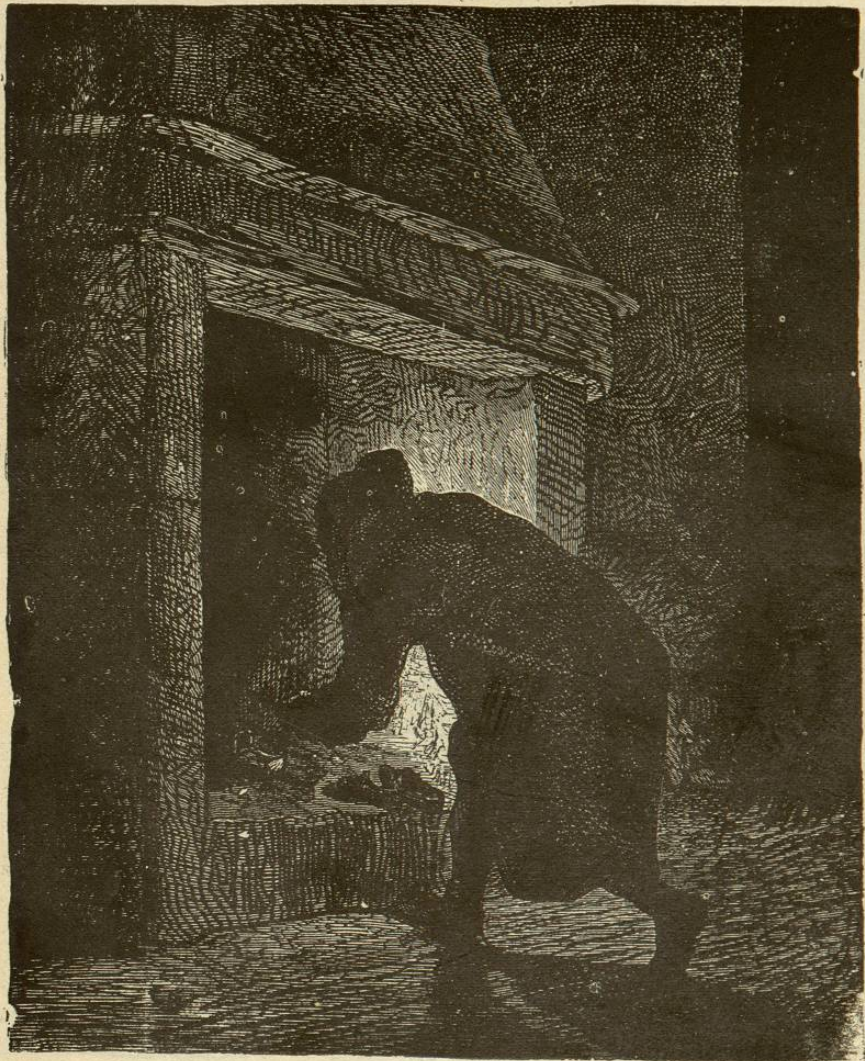


Tenía abrazada contra su corazón su muñeca, cuyos grandes ojos abiertos, brillaban en la obscuridad. De cuando en cuando lanzaba profundos suspiros como si fuera á despertarse, y apretaba la muñeca entre sus brazos, casi convulsivamente. No tenía al lado de su cama más que uno de sus zuecos.

Una puerta abierta junto al desván de Cosette dejaba ver un cuarto oscuro, bastante grande. El forastero entró. En el fondo, al través de una puerta vidrie-



ra, veíanse dos camitas iguales, blancas y limpias. Eran las de Azelma y Eponine. Detrás de ambas camas, se medio ocultaba una cuna de mimbres sin cortinas, donde dormía el chiquillo que había estado llorando toda la noche.

El forastero conjeturó que este cuarto comunicaba con el de los esposos Thénardier. Iba á retirarse, cuando su mirada reparó en la chimenea; una de esas vastas chimeneas de posada donde hay siempre tan poco fuego, cuando le hay, y que dan frío al verlas. No había fuego en ella, ni siquiera ceniza; pero sí algo que llamó la atención del viajero. Eran dos zapatitos de criatura de forma elegante y des-

igual tamaño; recordó el viajero la graciosa é inmemorial costumbre de los niños, que colocan su calzado en la chimenea la víspera de Navidad para esperar allí en las tinieblas algún brillante regalo de su hada buena. Eponine y Azelma no habían faltado á esa costumbre, y habían puesto cada una de ellas uno de sus zapatos en la chimenea.

Inclinóse el viajero.

La hada, es decir, la madre, había hecho ya su visita, y se veía brillar en cada zapatito una hermosa moneda de diez sueldos enteramente nueva.

El hombre se levantó de nuevo, é iba ya á salir, cuando distinguió en el fondo, aparte, en el rincón más oscuro del hogar, otro objeto. Miró y reconoció ser un zueco, un horrible zueco de la madera más común, medio roto, y completamente cubierto de ceniza y barro seco. Era el zueco de Cosette. Cosette, con aquella tierna confianza de los niños que puede ser engañada siempre sin desanimarse jamás, había puesto también su zueco en la chimenea.

Es una cosa por cierto sublime y dulce, la esperanza en una criatura que nunca ha conocido más que la desesperación.

No había nada en aquel zueco.

El forastero buscó en el bolsillo del chaleco, se inclinó, y puso en el zueco de Cosette un luis de oro.

Después volvióse á su habitación á paso de lobo.

IX

Thénardiere manobrando.

Al día siguiente por la mañana, dos horas á lo menos antes del alba, Thénardier, sentado á una mesa de la sala baja del bodegón, y alumbrado por una vela, estaba arreglando la cuenta del viajero de la levita amarilla.

La mujer, de pie, medio inclinada sobre él, le seguía con los ojos. No cruzaban una sola palabra. Por una parte, era aquello una meditación profunda; por otra, la admiración religiosa con la cual se mira nacer y desarrollarse una maravilla del espíritu humano. Oíase un ruido en la casa; era la Alondra que barría la escalera.

Después de un buen cuarto de hora y algunas raspaduras produjo Thénardier esta obra maestra:

CUENTA DEL SR. DEL NUMERO 1

Cena	3 francos.
Cuarto	10 "
Bujías	5 "
Fuego	4 "
Servicio	1 "
Total	23 francos.

Servicio estaba escrito "cervisio".

—¡Veinte y tres francos!—exclamó la mujer con un entusiasmo mezclado de cierta vacilación.

Como todos los grandes artistas, Thénardier no estaba satisfecho.

—¡Psch!—dijo.

Era el acento de Castlereagh redactando en el congreso de Viena la cuenta que debía pagar la Francia.

—Señor Thénardier, tienes razón, bien debe eso,—murmuró la mujer, pensando en la muñeca regalada á Cosette en presencia de sus hijas.—Es justo, pero demasiado. No querrá pagarlo.

Thénardier rióse friamente, diciendo:

—Pagará.

Aquella risa era la significación suprema de la certeza de la autoridad. Lo que estaba dicho debía ser. La mujer no insistió. Púsose en seguida á arreglar las mesas; el marido se paseaba arriba y abajo de la sala. Después de un momento, éste añadió:

—¡Y yo debo mil quinientos francos!

Thénardier fué á sentarse á un rincón de la chimenea meditando, y puestos los pies sobre la ceniza caliente.

—¡Ah!—repuso la mujer.—No olvides que hoy planto á Cosette en la calle. ¡Dichoso monstruo! ¡Se me come el corazón con su muñeca! ¡Antes me casaría con Luis XVIII, que tenerla un día más en casa!

El marido encendió su pipa y respondió entre dos bocanadas:

—Entregarás esta cuenat al hombre.

Y después salió.

Apenas había salido de la sala, cuando entró el viajero.

Thénardier volvió á aparecer inmediatamente detrás de él, permaneciendo inmóvil en el umbral de la puerta entreabierta, visible únicamente para su mujer.

El hombre amarillo llevaba en la mano su bastón y su lío.

—¡Cómo! ¡Levantado tan temprano!—exclamó la Thénardier.—¿Acaso nos deja ya el señor?

Y hablando así daba vueltas con ademán embarazoso á la cuenta que tenía entre manos haciéndole pliegues con las uñas. Su rostro duro presentaba una expresión que no le era habitual, de timidez y escrúpulo.

Presentar semejante cuenta á un hombre que tenía todas las apariencias “de un pobre”, se le resistía.

El viajero parecía preocupado y distraído, y respondió:

—Sí, señora; me voy.

—El señor,—repuso ella,—¿no tiene pues negocios en Montfermeil?

—No, paso sencillamente por aquí. Señora,—añadió,—¿qué es lo que debo?

La Thénardier, sin responder, le entregó la cuenta doblada.

El hombre desplegó el papel y le miró: pero su atención estaba visiblemente en otra parte.

—Señora,—repuso,—¿hacéis buenos negocios en Montfermeil?

—Así, así, señor,—contestó la Thénardier estupefacta de no ver otra explosión distinta.

Y prosiguió ella con acento elegiaco y lastimero:

—¡Oh, señor! ¡Los tiempos están muy malos! ¡Y luego, tenemos tan pocos

burgueses por acá! Todo es gente menuda. ¡Si no viniesen de cuando en cuando algunos viajeros generosos y ricos como su merced! Tenemos tantas cargas... Ved, esa chiquilla nos cuesta un ojo de la cara.

—¿Qué chiquilla?

—Ya sabéis. ¡La niña! ¡Cosette! ¡La Alondra, como la llaman en el lugar!

—¡Ah!—exclamó el hombre.

Ella continuó:

—¡Qué bárbaros son estos lugareños con sus apodos! ¡Mejor tiene aire de murciélago que de alondra! Ya véis, señor; no pedimos limosna, pero no podemos darla. No ganamos nada, y tenemos mucho que pagar. ¡La patente, las contribuciones, las puertas y ventanas, los céntimos! ¡Sabéis, señor, que el gobierno pide mucho dinero! Y luego, yo tengo mis hijas propias; no he de ir á mantener hijos ajenos.

El hombre repuso, con aquel acento que se esforzaba en hacer que pareciese indiferente, y en el cual había cierto temblor:

—¿Y si os desembarazase de ella?

—¿De quién? ¿De Cosette?

—Sí.

La cara colorada y violenta de la tabernera se iluminó con una expresión repugnante.

—¡Ah! ¡Señor, mi buen señor! ¡Tomadla, guardáosla, lleváosla, azucaradla, trufadla, bebéosla, coméosla y andad, bendito de la Santísima Virgen y de todos los santos del cielo.

—Está dicho.

—¿De veras! ¿Os lo llevais?

—Me la llevo.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo. Llamadla.

—¡Cosette!—gritó la Thénardier.

—Entre tanto, prosiguió el hombre, voy á pagaros de todas maneras mi hospedaje. ¿Cuánto es?

Dió una mirada á la cuenta y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa:

—¡Veinte y tres francos!

Miró á la tabernera y repitió:

—¿Veinte y tres francos?

Había en la pronunciación de estas dos palabras así repetidas, el acento que separa la admiración del interrogante.

La Thénardier había tenido tiempo de prepararse para el choque. Respondió por lo tanto con aplomo:

—¡Oh; sí, señor! Son veinte y tres francos.

El forastero puso cinco monedas de cinco francos sobre la mesa.

—Id por la chica,—dijo.

En este momento Thénardier apareció en medio de la sala, y dijo:

—El señor debe veinte y seis sueldos.

—¡Veinte y seis sueldos!—exclamó la mujer.

—Veinte sueldos por el cuarto.—repuso friamente Thénardier,—y seis suel-

dos por la cena. En cuanto á la chica, necesito hablar un poco con el señor. Déjanos solos.

La Thénardier tuvo uno de estos desvanecimientos que deslumbran, producidos por los imprevistos destellos del talento. Sintió que el gran actor entraba en escena; no replicó una sola palabra y salió.

En cuanto quedaron solos, Thénardier ofreció una silla al viajero. Este se sentó. Thénardier continuó de pie: su semblante tomó una expresión de hombría de bien y sencillez.

—Señor,—dijo,—no puedo negároslo, adoro á esta niña.

El forastero le miró fijamente:

—¿Qué niña?

Thénardier continuó:

—¡Es tan picarilla, que cualquiera la toma ley! ¿Qué significa todo este dinero? Recoged vuestras piezas de cien sueldos. Es una criatura por la que estoy apasionado.

—¿Pero quién es?—preguntó el forastero.

—¡Quién ha de ser! nuestra pequeña Cosette. ¿No queréis llevárosla? Pues bien, os hablo francamente; como sois vos un hombre honrado, no puedo consentirlo. Me haría mucha falta ésta niña. ¡La he visto tan pequeñita! Es verdad que nos cuesta dinero, verdad es que tiene defectos, verdad es que no somos ricos, como es verdad que he pagado más de cuatrocientos francos de drogas, ¡solamente para una de sus enfermedades! Pero algo debemos hacer por Dios; no tiene padre ni madre; yo la he criado. Tengo pan para ella y para mí. En fin, estoy encariñado con la chiquilla. Comprenderéis perfectamente que uno se encariñe; soy un papanatas, es verdad; no sé discurrir; quiero á la chica; mi mujer es viva de genio, pero también la quiere. Mirad, es ya como hija nuestra. Yo necesito oírle hablar en casa.

El forastero seguía mirándole fijamente. El continuó:

—Omitid mis razones y perdonad, señor; pero no se da así un hijo al primero que pasa. ¿No es verdad que tengo razón? Después de todo digo yo que vos sois rico, tenéis las apariencias de un buen sujeto... ¡Si fuera para su felicidad! Pero es preciso saber. ¿Entendéis? Supongamos que yo la dejara ir y que me sacrificase; querría saber naturalmente á dónde iba, no querría perderla de vista, para poder verla de cuando en cuando, para que supiera que el buen padre que la ha criado velaba por ella. En fin, hay cosas que no son posibles. Yo ni siquiera sé cuál es vuestro nombre. Os la llevaríais y yo diría: ¡Hola! ¿Y la Alondra? ¿A dónde ha ido Cosette? Convendría cuando menos ver algún papel, un pedazo siquiera de vuestro pasaporte, ¡cualquier cosa!

El forastero, sin dejar de mirarle con aquella mirada que penetra, por así decirlo, hasta el fondo de la conciencia, le respondió con acento grave y firme:

—Señor Thénardier, no se saca pasaporte para venir á cinco leguas de París. Si me llevo á Cosette, me la llevaré y nada más. Vos no sabréis mi nombre, ni sabréis mi domicilio, ni dónde está, y mi intención es que no vuelva á veros en toda su vida. Yo rompo la cuerda que lleva atada al pie, y ella se va. ¿Os conviene esto? ¿Sí, ó no...?

Así como los demonios y los genios reconocían por ciertos signos la presencia de un Dios superior, Thénardier comprendió de igual manera que tenía que haber-

selas con alguien muy fuerte. Esto fué como por intuición; lo comprendió con su golpe de vista límpido y sagaz. Durante la víspera, mientras estaba bebiendo con los tragineros, fumando y cantando coplas alegres, no había dejado de observar un solo instante al forastero, acechándole como un gato, estudiándole como un matemático. Hábiale espiado á la vez por cuenta propia, por gusto y por instinto, y espiado como si le hubiesen pagado para ello. No se le había escapado un gesto ni un movimiento del hombre del levitón amarillo. Aún antes que el desconocido manifestase tan claramente su interés por Cosette, Thénardier se lo había adivinado. Hábia sorprendido las miradas profundas de aquel viejo, que refluían siempre en la muchacha. ¿Por qué aquel interés? ¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué, con tanto dinero en el bolsillo, vestía tan miserablemente? Preguntas que á sí mismo se hacía sin poder contestarlas, y que le irritaban. Hábia estado pensando en ello toda la noche. ¿No podía ser el padre de Cosette? ¿Era tal vez algún abuelo? ¿Entonces por qué no darse á copocer en seguida? Cuando se tiene un derecho se manifiesta. Aquel hombre no tenía evidentemente derecho alguno sobre Cosette. Entonces ¿quién era? Thénardier se perdía en suposiciones. Entreveíalo todo, pero nada veía.

De cualquier modo que fuese, al entrar en conversación con aquel hombre, persuadido de que había un secreto en todo aquello, persuadido de que el hombre estaba interesado en permanecer en la sombra, sentíase fuerte; pero con la respuesta clara y firme del forastero, con ver que aquel personaje misterioso era misterioso simplemente, se sintió débil. No esperaba resultado semejante. Esto fué la derrota de sus conjeturas. Reunió sus ideas, pesólo todo en un segundo. Thénardier era de esos hombres que de una mirada juzgan una situación. Calculó que era el momento de ir derecho y rápido. Hizo como los grandes capitanes en el instante supremo y decisivo que solamente ellos saben reconocer: descubrió bruscamente sus baterías

—Señor,—dijo,—me hacen falta mil quinientos francos.

El forastero sacó de uno de sus bolsillos una cartera de cuero negro, abríola, tomando de ella tres billetes de banco, que dejó sobre la mesa. Después apoyó su ancho pulgar sobre aquellos billetes, y dijo al tabernero:

—Haced venir á Cosette.

Mientras esto pasaba, ¿qué hacía Cosette?

Cosette al despertarse había corrido á ver su zueco. Hábia encontrado la moneda de oro. No era un napoleón, era una de esas piezas de veinte francos novecitas, de la Restauración, sobre cuya efigie la coleta prusiana había reemplazado á la corona de laurel. Cosette quedó deslumbrada. Su destino comenzaba á embriagarla. Ignoraba lo que era una moneda de oro: jamás había visto ninguna, guardóla apresuradamente en su bolsillo como si la hubiese robado. Sin embargo, conocía perfectamente que aquello era bien suyo, adivinaba igualmente de dónde le venía; pero experimentaba una especie de alegría llena de miedo. Estaba contenta; estaba sobre todo estupefacta.

Aquellas cosas tan magníficas y bellas no le parecían reales. La muñeca le daba miedo, la moneda de oro se lo daba también. Temblaba vagamente ante aquellas magnificencias. El forastero únicamente no le daba miedo; al contrario, la tranquilizaba. Desde la víspera, al través de sus admiraciones, al través de su sueño, pensaba en su imaginación de niña en aquel hombre que tenía las aparien-

cias de viejo, pobre y triste; que era tan rico y tan bueno. Desde que había encontrado, en el bosque á aquel buen hombre todo estaba para ella como cambiado.

Cosette, menos dichosa que la última golondrina del cielo, no había sabido



nunca lo que era refugiarse á la sombra y debajo las alas de su madre. Cinco años hacía, es decir, todo lo que podían remontarse sus recuerdos, que la infeliz criatura no había conocido más que temblor y frío. Siempre desnuda bajo la ruda brisa del infortunio, parecía entonces que estaba vestida. Antes su alma tenía frío, ahora sentía calor.

Cosette no tenía ya tanto miedo á la Thénardier. No estaba ya sola; alguien se interesaba por ella. Habíase puesto inmediatamente á su trabajo de todas las mañanas. Aquel luis que llevaba encima, en el mismo bolsillo de su delantal de donde se le había caído la vispera la moneda de quince sueldos, le proporcionaba distracción. No se atrevía á tocarla; pero pasaba á veces cinco minutos seguidos contemplándola y, debemos decirlo también, sacando la lengua. Mientras iba bariendo la escalera, parábase y permanecía así inmóvil, olvidándose de su escoba como del universo entero; tan ocupada estaba en ver brillar aquella estrella en el fondo de su bolsillo.

Creo que fué durante una de esas contemplaciones cuando se le acercó la Thénardier.

Por orden expresa de su marido había ido á buscarla; y cosa inaudita, no le dió porrazo alguno ni le dirigió la más pequeña injuria.

—Cosette,—dijola casi dulcemente,—ven en seguida.

Un instante después entraba Cosette en la sala baja.

El forastero tomó el paquete que había llevado y lo desató. Aquel paquete contenía un vestido de lana, un delantal, una almilla de fustan, un jubón, un pañuelo, medias de estambre, zapatos, en fin: un traje completo para una niña de siete años; todo era negro.

—Hija mía,—dijo el hombre,—toma esto y vete á vestir en seguida.

Apenas asomaba el día cuando los habitantes de Montfermeil, que empezaban á abrir sus puertas, vieron pasar por la calle de París un buen hombre pobremente vestido, dando la mano á una niña vestida de luto, que llevaba en brazos una muñeca de color de rosa. Dirigíanse hacia Livry.

Eran nuestro hombre y Cosette.

Nadie conocía al hombre; y como Cosette no iba ya andrajosa, muchos no la conocieron tampoco.

Cosette se iba pues. ¿Con quién? Lo ignoraba. ¿A dónde? No lo sabía. Comprendía únicamente que dejaba atrás sí el bodegón Thénardier.

Nadie había pensado en despedirse de ella, ni ella en despedirse de nadie. Salía de aquella casa odiada y odiando.

¡Pobre sér dulcísimo, cuyo corazón hasta entonces no había sentido más que opresión!

Cosette caminaba gravemente, abriendo sus grandes ojos y contemplando el cielo. Habíase guardado su luis en el bolsillo del delantal nuevo. De cuando en cuando se inclinaba y le dirigía una mirada; después se fijaba en el buen hombre. Parecía sentir algo como si estuviera junto al Dios bueno.

X

Quien busca lo mejor puede encontrar lo peor.

La Thénardier, según su costumbre, había dejado obrar á su marido. Esperaba grandes acontecimientos. Cuando el hombre y Cosette se hubieron ido, Thénardier dejó pasar un cuarto de hora largo, y después, llamándola aparte, le enseñó los mil quinientos francos.